

# NUESTRA CIUDAD

En alguna parte he leído esta afirmación: "Es increíble que siendo el hombre el centro del mundo no tenga donde vivir".

¿Cierto?

Cierto parece. Bien ve el hombre de hoy que las grandes ciudades, todas ellas, han alcanzado situación de casi invivibles, cada una por sus propias razones. En cuanto a las pequeñas ciudades no satisfacen porque no responden, debidamente, a las necesidades propias del hombre civilizado 1970 (Afirmo que ese tal hombre —civilizado 1970— existe en sus dos versiones, la de varón y la de mujer). Por lo que hace al pueblecito, sólo sirve para la hora turística y, además, para pocos y calificados turistas, porque el turismo gregario es plaga que inutiliza los pueblos, como antes las nefastas moscas pre-DDT. El campo es ya sólo para gentes de extraño temperamento, o para quienes todavía no han tenido el arranque de lanzarse a vivir en una ciudad en marcha, en esa ciudad que precisamente pasa por su tiempo, a la vera de su vivir. Y, en fin, el yermo no parece practicable por carencia de eremitas —la *contestación* cambió de escenario, si bien no mucho de atuendo— además, hay tan gran carencia de yermos disponibles, que hoy parece cumplirse la profecía —si tal hubo— anunciadora de la nueva a los yermos: todo yermo será pequeñamente urbanizado.

Más de tres millones de almas, con nuestros correspondientes cuerpos, y el consabido porcentaje de trastos con ruedas, tenemos, en España, voluntad de vivir, a lo menos en sentido residencial, en Madrid, nuestra ciudad.

Usamos Madrid como espacio en el que dura nestro tiempo, donde transcurre el quehacer de nuestra vida. Madrid es el lugar donde nuestro mal humor —¿justificadísimo, justificado o sencillamente disculpable?— también contamina la atmósfera, trastornando su grado o sus cargas, o su estado de electrificación. (Todo esto de la electricidad de nuestro cerebro en furia o en alegría lo ha estudiado, con precisión, el Dr. Delgado. Y en breve, pienso, habrá caperuzos de visión —versión femenina— y caperuzos de astracán —versión masculina— especialmente acondicionados para neutralizar las corrientes eléctricas indeseables, para que podamos sonreír, a pesar de las escorias ambientales, por las calles de la ciudad).

Los que somos madrileños de antes, los que recordamos María de Molina, arada; Serrano, alto amapolal; cerros de Vallecas, de Alberto B. Palencia, Alberti, Maruja Mallo, tierra pedregosa, y el canalillo al descubierto para la pesca del renacuajo con su superficie rayada como un batik por el andar de los zapateros; y Madrid-carbón mina de piedras negras preciosas y de ángeles.

*"El ángel del carbón"*

*Feo, de hollín y fango.*

*¿No verte!*

*Y ahora por las cocheras,  
de carbón, sucio.*

*¿Te lleven!*

*(Es un ángel de Rafael Alberti)*

Los antiguos madrileños —digo— nos damos muchas veces al placer de añorar Madrid. ¿Madrid? ¿El Madrid de aquellos años, que tenía sus hollines y su brutal polvo con espesor mensurable, posado sobre las cosas, en centímetros? No: sino aquellos años luminosos y tersísimos, años nuestros en Madrid, pocos y bien llevados.

Para tener hoy una visión luminosa de Madrid basta con acudir a los madrileños nuevos. Verdad es que no duran mucho en su estado de felicidad ante toda nueva novedad. Pronto, a medida que su personal vivir se asienta en comodidades de toda índole, van descubriendo la inexorable dificultad que ofrece Madrid todas las mañanas. Pero mientras les dura su sano pasmo, conviene acercarse a ellos. Acaban ellos de descubrir Madrid como un día descubrimos algunos París —perfectamente bella ciudad— y Berlín —perfectamente fea ciudad pero formidablemente articulada en sus goznes y con su tiempo y malhayan quienes rompieron su ser de gran ciudad estupenda.

Muchos va de Madrid, en Madrid radicados, se preguntan por qué vendrán a Madrid tantos nuevos. Por qué esos recién venidos no se quedaron donde estaban. Son preguntas que responden a un deseo inhumano de cerrar, a los nuevos, las puertas de la ciudad. Digo inhumano, porque a Madrid llegan gentes muy cansadas de vivir con dureza, en campo o en pueblón. Y recuérdese que una cosa es servirse del campo como paisaje y como espacio, y otra roturar la tierra y vivir de la lluvia.

Recuérdese que los pueblos desembocan a los cuatro puntos cardinales de las inclemencias de los vientos, de los ríos, de las brasas secas, del agua sin domesticar; y que se cierran contra quienes desean horizontes humanos, no de aire sino de saberes y quehaceres.

Para los nuevos madrileños, la ciudad representa un amplio espacio vital, donde se les ensanchan los pulmones del sentir, pensando que sus hijos crecerán bien educados y debidamente capacitados, y tendrán mejor asistencia si el mal les alcanza, o para el mal que ya les viene acompañado, casi desde la cuna; saben muy bien, además, que sus mujeres, en la ciudad, no se harán decrepitas a los treinta años, porque el vivir ofrece para ellas comodidades de ensueño, nunca antes por ellas disfrutadas.

Ya he dicho que este entusiasmo ciudadano se les va empañando como los claros visillos de sus viviendas, demasiado pronto.

¿Razones?

Madrid, acaso, adolezca del mismo mal que el resto de las ciudades millonarias en habitantes: no sabe ciudadanizar a sus habitantes, no sabe resolver sus problemas de circulación, no sabe construirse.

En los días de niebla pienso que la solución para nuestra ciudad es construir otro Madrid en campo raso. En los días de sol me parece factible acondicionar Madrid. En las noches claras cuando el hielo aviva las mentes, yo tengo la certeza de que Madrid es recuperable a condición de que los madrileños recobren la finura, la elegancia y el perdido humor —no la chulería, no el desgarró, sino la buena manera de llevar la cabeza sobre los hombros, la frase justísima en la conversación, la sonrisa de los ojos y el buen ritmo de pisar calles..

Niebla mental, sin duda, es la que hace concebir la solución de Madrid en la construcción de otro Madrid.

Las ciudades nacen no se hacen. Su existencia se debe, en gran medida, a causas no conscientes y en chica medida a razones planificadas. Así como es muy difícil que unas habitaciones hoteleras sean nunca hogar y casa de familia, es difícilísimo que de un habitat, perfectamente construido y organizado, surja, en nuestro tiempo, una auténtica ciudad. Los ejemplos están en la mente de todos y, además, de ello dan fe el hecho de la impar Brasilia y esa oficina estatal llamada Washington D.C.



Sol de Madrid. Iluminación perfecta. Se ve con nitidez —a pesar del aire sucio con el que todavía puede el sol de mediodía— que no ya copia de edificios, sino conjuntos viejos enteros, zonas, barrios, deben ser conservados en la ciudad, justamente para que la ciudad sea ciudad y no un mero escenario, funcionalmente acondicionado para la representación del vivir de nuestra sociedad de consumo —a nivel universal. (Y Santa María del Monte Carmelo nos impida naufragar del todo consumidos por tanto consumo).

Se trata, en nuestra ciudad, de saber hacer frente al crecimiento natural de una ciudad, cosa que, en el caso de Madrid, nunca fue difícil. Desde todo tiempo se elogia el sitio en que está Madrid como excelente, amplio, edificable. Espacio en torno a Madrid que espera, con razón, ser integrado como ciudad en la ciudad. Ya habían visto ese maravilloso espacio los extranjeros que pasaban por Madrid en el siglo XVI, y todos ellos comentan, en sus cartas o memoriales o memorias, que lo mejor de Madrid son sus alrededores. En el siglo XVII, Lope de Vega describe así Madrid:

*Bernal. La conveniencia que en Madrid se advierte,  
para que sea corte al rey de España,  
creciendo van sus fábricas de suerte  
y de cualquiera dura desengaña.*

.....  
*Las casas que se labran son ya tantas,  
que en tanta multitud están vacías;  
erigen templos religiones santas,  
y todo de limosnas y obras pías.  
Bellos jardines con diversas plantas  
suelen amanecer todos los días.  
De suerte que a Madrid dirá cualquiera  
que se vino a vivir la primavera.*

(“Quien todo lo quiere”, Acto II)

Vislumbre prometedor de Madrid, gran ciudad.

Pero, desde hace ahora varios siglos, Madrid, ciudad aceptada como capital, admirada, mimada, favorecida... despliega un talento inusitado para vivir su crecimiento construyéndose a lo poblachón y a lo mezquino, tragándose jardines ciudadanos. Este crecer de la urbe, que debiera ser totalmente distinto, recuerda el de esos adolescentes pueblerinos, que se desarrollan maciza y descontroladamente, sin que nadie vea, con preocupación, que se les caiga pelo o dientes, que no se les alargen los músculos sino hagan bultos burdos, que se les desajuste la mirada por razón de miopía, que no se les conformen con la debida curva los arcos de los pies... ¿Dónde estaban los dueños y señores de Madrid en esas malas horas de su conformación como ciudad adulta, de su opresivo macizamiento?

Hoy es Madrid una ciudad bien diagnosticada por sus arquitectos urbanistas en cuanto a cada uno de sus males congénitos o epidémicos, pero es una ciudad muy mal atendida y peor vigilada —se sabe. Y no lo ignoran ni nuestros grandes arquitectos, ni nuestros grandes ingenieros. Ellos saben perfectamente todo lo que está mal, todo lo que puede mejorarse y todo lo que puede crearse de nueva planta en Madrid, sin arrasar ciudad vieja y digna de conservación, partes de ciudad que deben ser respetadas —y nó lo están siendo.

Una sociedad civilizada tiene que integrar en sí a sus mayores, a sus ancianos, sin pretender, claro está, que lleven vida de astronautas; y una sociedad civilizada debe conservar lo viejo y digno de sus ciudades, sin pretender que los barrios antiguos, los sectores añosos, soporten un volumen de tensión y de tráfico rodado propio de las autopistas.

Para justificar, disculpar y lamentar también el tratamiento constructorio, más absurdo que sensato, a que se halla sometido Madrid, traesé a colación la mala suerte urbana de la Villa de Madrid frente a la buenísima de la Villa de París —Hausmann; Henard...— y en este mismo ahora los creadores de las vías de sirga por las orillas del Sena, y Malraux con su limpieza y sus perfecciones exquisitas sobre suelo y en el subsuelo —Metro. Ante todo, la buena o mala suerte es cosa de brujas, y no de señores arquitectos urbanistas, ni menos de alcaldes mayores. La suerte se llama, entre universitarios, inteligente voluntad de hacer lo debido con arreglo al dictado de la razón meditada.

Helada fría.

Cae la helada en Madrid y llega fino el Guadarrama a pesar del paredón de tres millones de alientos que a él se enfrentan. Mayor congelamiento que la helada produce el ver que Madrid se está convirtiendo en criatura invivible, debido al valor del suelo urbano. El suelo especulado es la última razón del Madrid disparatado que nos acecha.

Sin comentarios.

La ciudad, Madrid, somos unos cuantos millones de personas vivientes. En definitiva, resultamos todos responsables de cómo sea la ciudad a que pertenecemos y que, en cierta medida, también nos pertenece. Triste es, a veces, tener memoria. Recuerdo una frase en que un político de la II República culpaba a los españoles precisamente de aquello que siempre se consideró virtud nuestra: sobriedad, resistencia para soportar adversidades remediables. Ahora sé que estaba dando la versión siglo XX del verso del Cantar de Mio Cid:

*¡Dios que buen vasallo, si oviese buen Señor!*

Señor, en el siglo XX, referido a la ciudad, significa saber vivir a estilo de ciudad y ello implica conocer y saber usar el lujo, un cierto y especial auténtico lujo, que parecen ignorar los más.

Lujo es: renunciar a la riqueza material para exhibir, en cambio, riqueza en la persona. Ejemplo: renunciar a especular con el suelo...

Lujo es: exigir casas de lujo interno y funcional y no ese de portal que parece lujo de remendones trasnochados.

Lujo es: no tolerar discriminación en cuanto a la calidad de las viviendas, porque está probado que cierta baratura consiste en algo que no puede tolerarse. Porque además de ser estas viviendas un flagrante monumento de la injusticia social, son un rasguño por el que se hace tiras la ciudad. No cabe semejante desarmonía entre las distintas partes de la ciudad. Es como si un edificio se construyera en unas plantas con acero firme y en otras con arena sin mortero.

¿Aceptaría nadie vivir en la arena alta? Madrid, construido con lujo de apariencia y mala baratura, es ciudad a extinguir. “La ciudad moderna es la ciudad de los iguales”, dice Leonardo Benevolo.

Lujo es: adaptarse al tamaño de cada sector de la ciudad. El coche particular no es vehículo para todas las partes de la ciudad. Halprin considera que para hacer posible “un modo de vida gentil y no histérico en la calle de la ciudad, ha resultado evidente que el automóvil debe relegarse a segundo lugar y quedar excluido”. Vayamos a la construcción de aceras rodantes y climatizadas. Sean organizados como debido los transportes colectivos, etcétera. Mejor que yo saben cuanto hay que hacer —¡no faltaría más!— todos y cada uno de los arquitectos, de los urbanistas, de los ingenieros y todos cuantos —técnicos de muchas ciencias— se interesan por este problema de nuestro siglo.

De inmediato, la solución de Madrid sería que todos, a pesar de todo, diéramos muestras de ciudadanía. Porque deseamos vivir en Madrid y sabemos que las ciudades satélites son una mala solución. ¿Quién no se sintió casi enfermo de angustia al ver vaciarse Manhattan un viernes por la tarde? Quienes se retiran a la ciudad-residencial, tras la jornada trabajosa no están del todo integrados en la auténtica ciudad. Y esta no es la cuestión. Se busca una ciudad-ciudad vivible.

Madrid puede ser, y debe ser pronto, una ciudad donde se viva bien, ciudadana, urbanamente, la buena o mala vida personal.

Madrid puede ser una ciudad que ofrezca la delicia máxima que puede ofrecer una gran ciudad: la de elegir, en cada instante, la plena soledad o la total compañía.

Madrid debe dar —ya mismo debiera hacerlo— debe dar solucionados, a todos sus moradores, los problemas técnicos de la vida cotidiana: el hacer frente al clima, a la higiene —contaminaciones, contagios, sencillamente, eliminación de porquerías y basuras para empezar.

Madrid, un sitio en que los hombres, los varios millones de hombres que lo habitan, puedan vivir con plena dignidad humana, la cual empieza en el debido y justo espacio individual conferido en la vivienda... Cultura, política, economía han de ser puestas, sin restricciones, al servicio de la civilización ciudadana, Siglo XX.

Si la calle, si la ciudad, indiscriminadamente, es hostil y amarga y está desangelada, es porque cada uno de los madrileños sabemos, de modo consciente o inconscientemente, que estamos viviendo sin cumplir con las exigencias básicas de la civilización a que pertenecemos: Civilización Cristiana, Siglo XX.

Carmen Castro.